

La Catedral en la Penitenciaría. Historia de un fastuoso proyecto urbanístico para Buenos Aires (1934)

MIRANDA LIDA

CONICET

Universidad Torcuato Di Tella

mlida@utdt.edu

RESUMEN

En 1934, en la ciudad de Buenos Aires se consideró la idea de levantar una nueva catedral de dimensiones monumentales en el predio hasta entonces ocupado por la Penitenciaría Nacional en el barrio de Palermo. El propósito de este trabajo es entender qué fue lo que hizo posible que la Iglesia argentina, el gobierno municipal y otros actores más se embarcaran en ese fastuoso proyecto, y asimismo explicar qué otra serie de circunstancias llevó a que naufragara a poco de andar. Creemos que aquel proyecto no sólo habla a las claras de lo que el catolicismo llegó a ser en la década de 1930, sino que además tiene mucho que decir acerca del Estado así como también sobre las formas en las que se movilizaba la sociedad porteña de entonces. Corría el gobierno del general Justo. El “mito de la nación católica”, en los términos del historiador Loris Zanatta, brillaba con sus mejores luces y todavía resonaban en los oídos de los porteños los ecos del impresionante éxito obtenido por el Congreso Eucarístico Internacional. No podía haber habido contexto más favorable para un proyecto semejante. Pero a pesar de la buena predisposición que las autoridades públicas parecían prodigar a la Iglesia en plena década del treinta, el proyecto terminó por ser archivado en un cajón.

PALABRAS CLAVE

Arquitectura religiosa – Ciudad de Buenos Aires – Historia de la Iglesia Católica – Siglo XX.

ABSTRACT

In 1934, the city of Buenos Aires considered the idea of raising a new cathedral of colossal dimensions in the neighborhood of Palermo, in the same location where the National Penitentiary was. The purpose of this work is to understand what made possible for the Argentine Church, the city government and other social actors to get involved in such a huge project; as well as to explain what other circumstances led to the eventual failure of it. We believe that the project not only shows the dimensions of Catholicism by the 1930s, but also illustrates about the roll of the State and the mobilization forms of the society of Buenos Aires during that period. Throughout general Agustín P. Justo's government, the so called "catholic nation myth" (as stated by historian Loris Zanatta) shined at its best, and the echoes of the impressive success of the International Eucharistic Congress of 1934 were still in the air. There couldn't be a more propitious context for such a project. Yet despite the good predisposal the authorities seemed to have with the Church in the '30s, the project ended up being filed.

KEY WORDS

Religious architecture – Buenos Aires city – Catholic Church history – 20th century.

INTRODUCCIÓN

El 7 de noviembre de 1934 el diario católico *El Pueblo* anunciaba en primera plana, con grandes titulares, que la Municipalidad de Buenos Aires estaba considerando la idea de levantar una nueva catedral de dimensiones monumentales en el predio hasta entonces ocupado por la Penitenciaría Nacional en el barrio de Palermo¹. No es necesario indagar demasiado para constatar que ese proyecto jamás se hizo realidad. De hecho, la catedral de Buenos Aires continuará emplazada hasta el día de hoy, como en los tiempos coloniales, a la vera de la Plaza de Mayo.

El propósito de este artículo es entender qué fue lo que hizo posible que la Iglesia argentina, el gobierno municipal y otros actores más se embarcaran en ese fastuoso proyecto, y asimismo explicar qué otra serie de circunstancias

¹ "Se proyecta erigir una nueva catedral", *El Pueblo* (en lo sucesivo, *EP*), 7-XI-1934, p. 1.

llevó a que naufragara a poco de andar. Creemos que aquel proyecto no sólo habla a las claras de lo que el catolicismo llegó a ser en la década de 1930, sino que además tiene mucho que decir acerca del Estado, así como también sobre las formas en las que se movilizaba la sociedad porteña de entonces.

Corría el gobierno del general Justo. El “mito de la nación católica”, en los términos del historiador Loris Zanatta, brillaba con sus mejores luces y todavía resonaban en los oídos de los porteños los ecos del impresionante éxito obtenido por el Congreso Eucarístico Internacional. No podía haber habido contexto más favorable para un proyecto semejante². No obstante, el arzobispo de Buenos Aires, Santiago Copello, no logró ver realizado lo que parecía un sueño digno de un cuento de hadas. A pesar de la buena predisposición que las autoridades públicas parecían prodigar a la Iglesia en plena década del treinta, el proyecto terminó por ser archivado en un cajón.

UNA CATEDRAL DECIMONÓNICA EN UNA CIUDAD MODERNA (1900–1930)

Los primeros bocetos dedicados a proyectar reformas arquitectónicas en torno a la vieja catedral porteña se desarrollaron una vez iniciado el nuevo siglo. No fue un impulso aislado. La tarea de construir nuevos templos y remozar los antiguos, para una ciudad cambiante y en constante transformación, se había iniciado en los años finales del siglo XIX y cobró nuevos bríos hacia 1900. Tal es así que en 1906 el periódico *La Voz de la Iglesia*, dependiente de la curia porteña, constataba que “está visto que nuestros templos [...] han entrado en una nueva era de franca evolución progresiva”³. La catedral, que había sido reconstruida en el viejo solar colonial en los inicios del siglo XIX –fue en la “feliz experiencia” rivadaviana cuando se le confirieron los principales trazos de su aspecto actual– supo guardar una adecuada proporción con respecto a la ciudad decimonónica; su estilo neoclásico se ajustaba bien a una urbe en la que apenas comenzaban a construirse las primeras casas de altos. Es cierto que en el transcurso del siglo XIX se le hicieron unas cuantas modificaciones arquitectónicas –así el caso del frontispicio que engalana su fachada o la construcción del mausoleo a San Martín en su interior– pero estas no alteraron sin embargo la planta del edificio o su aspecto general. Así, la catedral de 1900 era bastante parecida, en sus trazos generales, a la que

² Acerca de la envergadura adquirida por el catolicismo en la década del treinta, véase el trabajo de LORIS ZANATTA, *Del Estado liberal a la nación católica*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

³ “Obras del templo. La acción del Dr. Brasesco”, *La Voz de la Iglesia* (en lo sucesivo, *LVI*), 13-XI-1906.

retrataron los pintores europeos que visitaron la ciudad durante el siglo XIX, como es el caso de Leon Pallière.

Y luego la ciudad comenzó a crecer a un ritmo acelerado; bullía el movimiento urbano en una Buenos Aires que a cada paso se hacía más moderna. El ritmo de la transformación se hacía tan intenso que ni siquiera la Iglesia Católica permaneció al margen. Cada día se construía un nuevo templo en diferentes lugares de la ciudad, aunque sólo se tratara de unas muy modestas capillas u oratorios festivos que podían levantarse en materiales efímeros, con la expectativa de que algún día se transformaran en parroquias más “decentes”. El mundo urbano cambiaba rápidamente pero, independientemente de todos estos cambios, la catedral continuó emplazada en el mismo terreno de los tiempos coloniales, sin sufrir casi ninguna innovación arquitectónica. Así, pues, la Iglesia Católica de Buenos Aires ingresó al siglo XX con una catedral digna, a lo sumo, del siglo XIX.

Esta situación no tardó en ser advertida con lucidez por el arzobispo porteño Uladislao Castellano a fines de la década de 1890. Le reclamó insistentemente al Estado nacional que le prestara especial atención a la catedral. Dado que, según la Constitución de 1853, el Estado tenía la obligación de sostener el culto – y según la tradición esta partida del presupuesto nacional se destinaba en especial al clero catedralicio de los diferentes obispados del país– el arzobispo consideraba pertinente solicitar al Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública que atendiera esta cuestión: “en materia de reparaciones y mejoras que se hacen de día en día más indispensables [la catedral de Buenos Aires] va en zaga a todos los demás templos de la capital”, advertía no sin desazón⁴. Algo de cierto había en las palabras del arzobispo finisecular, si bien exageraba un tanto en sus dichos a los fines de conseguir la benevolencia del gobierno y, por consiguiente, un aumento de los ingresos catedralicios.

Era cierto que la catedral tenía sus motivos para sentirse a la zaga: muchos templos de la ciudad se habían sumergido por entonces en un acelerado proceso de modernización, refacción y, cuándo no, construcción o reconstrucción completa desde sus cimientos. El fruto de este proceso saltaba a la vista. No sorprende que muchos templos porteños hayan alcanzado el estatuto de basílica, ya sea mayor o menor, en las primeras décadas del siglo. Así ocurrió con las antiguas iglesias de La Merced, San Miguel, San José de Flores, San Francisco y Santo Domingo. Algo parecido también sucedió con otras más recientes, como la iglesia del Santísimo Sacramento en Retiro, la

⁴“Informe dirigido por el Arzobispo Uladislao Castellano al Ministro Luis Beláustegui, 30 de marzo de 1898”, *LVI*, 2 de abril de 1898.

de San Carlos en Almagro, la de San Antonio en Villa Devoto, la de Nuestra Señora de Pompeya, la de Nuestra Señora de Buenos Aires, la de San Agustín en Barrio Norte o la del Espíritu Santo (o Nuestra Señora de Guadalupe) en Palermo⁵. El gran número de templos porteños que fueron declarados basílicas a comienzos del siglo XX es uno de los indicadores más evidentes con los que contamos para dar cuenta de la incipiente y rápida transformación que estaba viviendo la arquitectura religiosa de Buenos Aires⁶. Las reformas trajeron consigo los más variados estilos arquitectónicos que, cuanto más sofisticados, además de lujosos y extremadamente caros resultaran, mejor. A veces se buscaban combinaciones entre diversos estilos que contribuyeron todavía más a realzar el grado de sofisticación. El eclecticismo fue la norma. Ello se manifestaba en la combinación del románico con diversas variantes de estilos renacentistas y cuándo no, la aparición de detalles bizantinos; junto a ellos, sin embargo, tendió a prevalecer el neogótico, que fue quizás la principal fuente de la que abrevaron los arquitectos que tuvieron a su cargo la construcción de las principales iglesias⁷.

Esta riqueza arquitectónica se desarrolló en pleno esplendor de la *belle époque* porteña. Las iglesias de Buenos Aires se sumaron a los grandes palacios que poseían las más importantes familias de los terratenientes pampeanos y contribuyeron tanto como estos a embellecer y construir la ciudad⁸. Vieron la luz algunos templos católicos que daban muestras de una delicadeza arquitectónica a todas luces singular. La sofisticación se podía

⁵ Para una reseña histórica de algunos de estos templos, véase ADOLFO JASCA, *Las iglesias de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Itinerarium, 1983.

⁶ Este análisis podría profundizarse si contempláramos el escenario de lo que ocurría en la provincia de Buenos Aires. Sus parroquias crecieron, lo mismo que sus templos, desde la fundación de la ciudad de La Plata. Tanto la construcción de la catedral de esta ciudad como la de la basílica de Luján merecerían un estudio aparte. Sobre el caso de Luján, puede verse la tesis de JESÚS BINETTI, *El agosto recinto. Conflictos y debates en torno a la construcción de la basílica de Luján, 1885–1890*, Universidad Nacional de Luján, 2006. Por razones metodológicas, nuestro trabajo se concentra sólo en las transformaciones urbanísticas de la ciudad de Buenos Aires.

⁷ Una investigación aparte merecerían los arquitectos (José Vespignani, Rómulo Ayerza, Emilio Vespignani, Alejandro Christophersen, entre otros) que levantaron infinidad de templos en este período, pero no existen prácticamente trabajos al respecto, a excepción de GUILLERMO FURLONG, *Don Rómulo Ayerza*, Buenos Aires, s/n., 1958.

⁸ Esta cuestión la analicé en otro lugar: MIRANDA LIDA, “Los terratenientes pampeanos y la Iglesia Católica, 1880–1920”, *Cuadernos del Sur. Historia*, N° 34, Bahía Blanca (2005), pp. 125–149; “Hacedores de templos y criptas lujosas. Los terratenientes y la construcción de iglesias, 1880–1920”, *Todo es Historia*, junio de 2007, pp. 60–66.

advertir tanto en los principales barrios como también en algunos rincones apartados de la ciudad. Los barrios tradicionales, los del centro, contaban con parroquias de larga data, heredadas en su mayor parte de la época colonial. En Recoleta, cerca del Retiro y en pleno centro de Buenos Aires, las iglesias, si bien antiguas, se vieron súbitamente renovadas desde fines del siglo XIX en adelante. Comenzaron a lucir nuevos altares de un lujo sin precedentes, que combinaban finos mármoles traídos de Europa con platería local; también las pinturas y los ornamentos religiosos se renovaron y adquirieron una sofisticación inaudita. El tráfico de obras de arte y objetos de culto que se desarrolló a comienzos del siglo XX fue de enormes proporciones. No sorprende que haya sido por entonces cuando Enrique Larreta se dedicara a coleccionar obras de arte de reminiscencias hispánicas.

Fue tal el movimiento que se desarrolló en este sentido que no tardó en despertar las suspicacias de los socialistas, quienes encontraron allí una invaluable ocasión para denunciar la supuesta alianza que las clases altas tenían con la religión católica. En sus intervenciones en el Congreso, denunciaron que si los terratenientes se dedicaban a comprar altares importados no era por pura y sincera devoción, sino porque podían utilizarlos como fachada para un contrabando comercial que se hallaba a resguardo de las leyes. En efecto, la comercialización de objetos sagrados y de culto estaba exenta de impuestos según las leyes de Aduana. Se acusaba a los terratenientes de ocultar telas de lujo importadas dentro de los embalajes de los altares de mármol de Carrara que llegaban al puerto de Buenos Aires. Con la sola firma de un sacerdote se podía —se denunciaba— lograr que un determinado envío permaneciera exento de impuestos. Y todos sabían que había muchos sacerdotes que estaban vinculados por lazos de familia (e incluso de favor y simpatías) a importantes apellidos terratenientes. De este modo, se tejían redes que —según insinuaban los socialistas en el Congreso— apañaban el contrabando⁹. No podríamos probar en estas páginas si efectivamente había algo de cierto en aquella acusación. De todas formas ella expresa algo que era innegable: el patrimonio artístico y arquitectónico de los templos de Buenos Aires estaba recibiendo una atención sin precedentes en esos años. En ese momento vieron la luz verdaderas joyas arquitectónicas de la ciudad, como las basílicas de Nuestra Señora de Pompeya y la de Nuestra Señora de Buenos Aires más allá de la Chacarita, sólo para citar dos ejemplos descollantes. Ante semejante

⁹ La acusación puede verse en el *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, vol. 1, Buenos Aires, 1901, p. 162. Allí se enfatiza en la necesidad de evitar “que los sobrinos o sobrinas [de los sacerdotes] introduzcan libres de derechos artículos que no correspondan al culto”.

despliegue la catedral porteña parecía quedar en un nada meritorio segundo plano: algo de cierto había, pues, en el lamento del arzobispo Castellano.

No obstante, no era del todo verdad que nadie—fuera del propio prelado, claro está— se preocupara por embellecer la catedral. Al igual que otros tantos templos de la ciudad, ella recibió importantes donativos, provenientes en su mayor parte de algunos miembros de las familias terratenientes. En 1897, por ejemplo, los señores Mercedes Riglos de Anchorena, Paz Castex y Antonio Olaguer y Feliú, entre otros, se hicieron cargo de refaccionar, pintar y decorar diferentes capillas ubicadas en el interior de la catedral¹⁰. Asimismo, a comienzos del nuevo siglo, la Archicofradía del Santísimo Sacramento se encargaría de levantar una suscripción a fin de reunir recursos para emprender las tareas de refacción con vistas a su fastuosa reinauguración en ocasión del Centenario. Bajo el impulso del ansia de reformas que el clima de festejos trajo consigo en distintos lugares de la ciudad—basta recordar aquí la reinauguración del Teatro Colón— la catedral de Buenos Aires prometió, ella también, que luciría un remozado rostro para esa ocasión. Así fue como se instaló un nuevo piso de floreados mosaicos venecianos, que continúa luciéndose hasta el día de hoy, y se decoró la bóveda de la catedral con frescos en estilo renacentista que fueron encargados al pintor italiano Francesco Paolo Parisi¹¹. Con estas obras, la catedral se volvía más colorida e intentaba dejar atrás su aspecto solemne, austero y severo, netamente decimonónico.

Las reformas del Centenario dejaron por un momento satisfecho al clero catedralicio, no obstante, no se tardaría en arremeter con nuevos proyectos de transformación estilística y arquitectónica que surgieron a la luz de las silenciosas transformaciones que el catolicismo comenzó a vivir a lo largo de la segunda década del siglo. En 1910, al calor de los festejos del Centenario—que la larvada amenaza de conflicto social y la implementación del estado de sitio no lograrían disolver— el catolicismo porteño se convirtió en una innegable caja de resonancia del entusiasmo popular. El espíritu festivo que se hallaba en el aire no dejó inmune el recinto sagrado. Ello puede advertirse a través de lo que ocurrió en ocasión de la fiesta de Corpus Christi celebrada en Buenos Aires apenas unos pocos días después del 25 de mayo: la novedad de la hora fue el extraño fenómeno de la existencia de una numerosa multitud,

¹⁰“Iglesia catedral”, *LVI*, 13–IX–1897.

¹¹ Integraban por entonces aquella archicofradía el ingeniero Rómulo Ayerza, Ángel Estrada, Luis Ortiz Basualdo y Ángel Gallardo entre otros. La suscripción logró reunir más de 86.000 pesos, con aportes de distintos miembros de la familia Ortiz Basualdo, Anchorena, Borrego de Unzué, entre otras. Para más información sobre estas iniciativas, “Las obras de la catedral”, *EP*, 28–VI–1905; “Las obras de la catedral”, *EP*, 6 y 7–IX–1909; “Memoria anual del arzobispado”, *LVI*, 19-II-1910.

compuesta en su mayor parte por hombres, que aclamaba a los monseñores que hablaban desde el balcón del palacio arzobispal, frente a la Plaza de Mayo. Dice la crónica publicada por el diario católico *El Pueblo*:

Una enorme multitud comenzó a congregarse ante el palacio del arzobispado. Se escucharon voces que pedían hablara Monseñor Jara, Monseñor Romero, Monseñor De Andrea, Monseñor Piaggio. La multitud crecía por momentos y redoblaba sus pedidos. Monseñor Jara apareció en el balcón y fue saludado con una salva de aplausos [...] habló haciendo resonar su potente acento en fervorosos arranques de patriotismo [...] sintiéndose la muchedumbre contagiada por aquella majestuosa palabra que henchía los corazones de entusiasmo delirante. En seguida la multitud, que ya iba tomando un incremento colosal en un clamoreo que imponía, pedía que hablara Monseñor De Andrea. [...] [Sus] palabras causaron un entusiasmo que rayó en el delirio y *la inmensa muchedumbre formada en su casi totalidad de hombres* no cesaba en sus vítores y aplausos hasta que Monseñor De Andrea con otro arranque pidió para terminar [...] entonasen juntos el himno nacional. La multitud cantó y después prorrumpió en nuevas manifestaciones de aclamación¹².

Hasta aquí llega la crónica publicada por el diario católico. La pobreza de la información –por entonces *El Pueblo* se parecía más a un periódico decimonónico de escasos recursos que a uno moderno, por ello esta noticia no pudo aparecer ni siquiera acompañada por una fotografía– no nos permite determinar qué tan impresionante fue de hecho la multitud a la que el diario se refiere de manera tan entusiasta. Sin embargo, hay un hecho ante el cual de aquí en más no se podrá permanecer indiferente: la calle podía ser también un lugar de reunión para los católicos. De hecho, la década de 1910 vio nacer la experiencia de las conferencias populares impulsadas por Dionisio Napal, que por entonces era la mano derecha de De Andrea en la parroquia de San Miguel. En distintos barrios se prepararon estas conferencias, que no eran más que una tribuna de debate y doctrina católica y, cuándo no, de confrontación lisa y llana con los socialistas –de hecho las rencillas no estuvieron ausentes–. Las conferencias callejeras no tenían lugares fijos en la ciudad; simplemente se improvisaba un estrado y su localización variaba de semana a semana. Había que estar vinculado a los Círculos de Obreros, o bien leer *El Pueblo* o alguna otra publicación católica de menor envergadura, para saber de antemano en qué lugar podían oírse las voces de Napal o de Gustavo Franceschi.

A pesar de que este tipo de mítines convirtió a los barrios en un

¹²“La procesión del Corpus”, *EP*, 26, 27 y 28–V–1910. El destacado es nuestro.

importante escenario para la movilización católica, el centro no por ello perdió su protagonismo tradicional. La Plaza de Mayo y la Avenida constituían el corazón de la ciudad, cosa que los católicos, como cualquier otro porteño, sabían muy bien. En este contexto comenzó a advertirse uno de los más serios problemas arquitectónicos que atravesaría la historia de la catedral porteña en el siglo XX: ella no estaba a la altura de lo que una ciudad moderna le demandaba. Todo en ella parecía inapropiado para los tiempos que corrían: su fachada neoclásica, la pesadez de sus columnas, la falta de un campanario o cualquier tipo de construcción en altura, la estrechez de su nave central. Pero lo más importante era que se comenzaba a sentir como una falta grave el hecho de que careciera de una explanada propia en la calle y al aire libre, capaz de cobijar a sus fieles en grandes movilizaciones por fuera del templo. Sus dimensiones decimonónicas no parecían ajustarse a las necesidades de las incipientes multitudes del siglo XX¹³. Este será el gran dilema que tendrá que afrontar la catedral de Buenos Aires en las décadas subsiguientes.

Con plena conciencia de este problema, se promovieron nuevos intentos de reforma arquitectónica en torno al templo mayor de la ciudad. Así, en 1916 vio la luz un nuevo proyecto que resultó mucho más ambicioso que cualquier otro plan de embellecimiento, refacción o decoración de la catedral que se hubiera emprendido anteriormente. Estuvo a cargo de Carlos Morra, el mismo arquitecto que en ocasión del Centenario se había encargado de la puntillosa decoración del piso. En su nuevo y más ambicioso proyecto de 1916 se propuso llevar a cabo un completo rediseño del edificio catedralicio, con la implementación de algunas importantes novedades: se proyectó transformar los frentes principal y lateral del templo, suprimir el frontispicio que narra en clave de epopeya la unificación nacional –se lo consideraba de mal gusto– y construir un alto campanario que le permitiera a la catedral descollar en el contexto de una ciudad que ya se estaba construyendo en altura, aunque todavía no hubiera ingresado en la era de los rascacielos que comenzará a despuntar recién en los años treinta¹⁴. Además, junto con las reformas de las fachadas se proyectó asimismo el ensanche de la vereda alledaña a la catedral

¹³ Por supuesto que las dimensiones relativamente pequeñas de la catedral porteña fueron una ventaja cuando el contexto se presentaba de modo hostil. Así, en 1955 la “defensa” de la catedral fue una tarea relativamente sencilla, según se desprende de la crónica relatada por FLORENCIO JOSÉ ARNAUDO, *El año que quemaron las iglesias*, 2ª edición, Buenos Aires, Ediciones Pleamar, 1996.

¹⁴ Sobre los cambios urbanos en Buenos Aires en los años treinta, véase ANAHÍ BALLENT Y ADRIÁN GORELIK, “País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis”, en ALEJANDRO CATTARUZZA (ed.), *Nueva Historia Argentina*, vol. 7, pp. 143–194.

y la construcción de una muy amplia escalinata, de tal modo que hubiera espacio disponible para la gente que asistiera de público a cualquier tipo de “función” religiosa que se celebrara en el templo o en las calles contiguas¹⁵. En fin, el proyecto apuntaba a convertir la catedral en un centro de referencia importante para la incipiente movilización católica de esos años.

El proyecto estuvo discutiéndose intensamente en 1916, aunque en ese momento se llegó a la conclusión de que debía aguardarse a que terminara la guerra para contar con los recursos necesarios a fin de emprender una obra de semejante envergadura¹⁶. La fecha no es un dato menor: fue el año en que se celebró en Buenos Aires el primer Congreso Eucarístico Nacional. Este congreso, si bien modesto en comparación con el de 1934, fue para las dimensiones de la sociedad porteña de su época no menos importante, aunque tuvo la desgracia de pasar casi inadvertido para la sociedad de este tiempo, puesto que prácticamente coincidió con la llegada al gobierno de Hipólito Yrigoyen, sin duda el gran acontecimiento de ese año.

Afortunadamente –para los historiadores– en ese momento la prensa católica se encontraba en mejores condiciones que seis años atrás y fue capaz de ofrecer una mejor cobertura informativa que la que había brindado en ocasión del Corpus de 1910. Por ello podemos saber que la asistencia a la procesión de clausura de aquel Congreso se estimó en doscientas mil personas. Aunque es probable que el periódico exagerara un poco esta última cifra, no es un dato menor que, al igual que lo que ocurriría luego en 1934, la presencia masculina se hizo notar en este congreso, no sólo por el número de los varones que comulgaron, sino además por la composición de las columnas que desfilaron en las inmediaciones de la catedral¹⁷. Los acompañaron, a la par que marcaban el ritmo de la marcha, los batallones de *boyscouts* católicos y algunas bandas de música provenientes de diversos colegios, en su mayor parte salesianos. Y también, no podía ser menos, se hizo notar la presencia militar. Dice la crónica del periódico católico:

¹⁵ Acerca de los detalles de este proyecto, véase “La catedral de Buenos Aires. Proyecto de transformación del arquitecto Carlos Morra”, *Revista de Arquitectura. Órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos*, mayo–junio de 1917, P. 17 y ss.

¹⁶ En este sentido, “La nueva catedral”, *EP*, 18–VII–1916.

¹⁷ Al respecto puede verse la crónica del Congreso de *El Diario*, donde se dice que “ha sido quizás la primera vez que el elemento masculino católico forma en una columna de tanta importancia y magnitud”. Esta crónica fue reproducida en *EP*, 24 y 25–VII–1916.

La capital de la República ha confirmado con un varonil y gallardo gesto [...] el concepto de nuestra tradición histórica. [...] El acto preliminar [del Congreso] fue la comunión de hombres en la catedral y en las numerosas iglesias y capillas de la capital. En la catedral solamente hubo por la mañana 4.000 comuniones de hombres [...] la columna de hombres comenzaba en 25 de Mayo y Rivadavia y se extendía por el Paseo de Julio. Allí se colocaron por orden de llegada todas las instituciones de hombres y de jóvenes. [...] Un escuadrón del regimiento de granaderos a caballo [...] se extendió desde Bolívar hasta Florida por la Avenida de Mayo para formar el cordón y evitar el paso de los peatones. Cuando apareció el Santísimo [...] fueron iluminados todos los arcos eléctricos de la plaza y la Avenida. [...] Antes de la llegada de la procesión [a la Plaza del Congreso hacia donde se desplazó, ML] estaban ya formadas las tropas encargadas de rendir homenaje al Santísimo. [...] Minutos después ordenaban silencio y las bandas de policía ejecutaban el *Tantum Ergo* que cantaron todas las congregaciones, acompañadas también por el público que se había apiñado alrededor de los dos Congresos. [...] De este solemne acto no se tiene memoria análoga por el extraordinario número de fieles reunidos. [...] Terminada la ceremonia en el altar que se había improvisado al efecto en aquel sitio, las bandas ejecutaron el Himno Nacional, el que fue cantado por el pueblo¹⁸.

Independientemente del tono siempre hiperbólico de la prensa católica, la celebración del Primer Congreso Eucarístico Nacional dio cuenta, al igual que lo hacía también el proyecto arquitectónico de Morra, de un hecho novedoso para el catolicismo porteño: la ocupación del espacio público por parte de los católicos y en especial, de los hombres católicos, que parecían ponerse cada vez más en movimiento.

La fecha en la que tenía lugar esta incipiente movilización coincidía, por cierto, con un momento de gran efervescencia en las calles de Buenos Aires, por distintas razones. No sólo por la llegada a la presidencia de Yrigoyen, que inauguró la primera experiencia democrática argentina, fundada en la vigencia de la Ley Sáenz Peña de 1912, sino además por las celebraciones del Centenario de la Independencia que ese año se hizo con gran pompa, puesto que se organizó no sólo un desfile de tropas, sino además concursos de aviación¹⁹. En este contexto, la Iglesia de Buenos Aires se lanzó aceleradamente a preparar lo que sería su primer Congreso Eucarístico: era evidente que no quería quedar fuera de lo que comenzaba a percibir como una

¹⁸“El homenaje a la Eucaristía. El magno acto de ayer”, *EP*, 24 y 25-VII-1916.

¹⁹“Conmemoración del Centenario”, *EP*, 5-VII-1916, p. 1.

vasta y creciente oleada de movilización colectiva. Y fue entonces cuando comprendió cabalmente que la vieja catedral decimonónica le quedaba más que chica. Ya no quedaría ninguna duda de que Buenos Aires necesitaba una gran catedral capaz de servir de verdadero centro de referencia para las crecientes multitudes católicas. Se tomó conciencia de que el tradicional templo céntrico carecía de cualquier viso de monumentalidad, tanto en sus dimensiones como en su aspecto general. Se comenzó a percibir como algo necesario la implementación de reformas que atendieran no sólo el aspecto interior del templo –como se había hecho en ocasión del Centenario– sino además a su aspecto exterior y el modo en que se integraba al corazón de la ciudad. Es así como cobra su pleno sentido el esfuerzo de Carlos Morra.

La *Revista de Arquitectura* que en 1917 difundió con lujo de detalles su proyecto culminó su descripción con una apelación que vale la pena transcribir: “Bueno sería que la municipalidad o la curia se decidieran a llevarlo a cabo”²⁰. Sin embargo, dicho proyecto no fue presentado a ninguna de estas dos instancias para su implementación, sino más bien a la Archicofradía del Santísimo Sacramento. Esta conspicua asociación de fieles –entre cuyos miembros se contaban personajes de gran prestigio en el seno del laicado católico, como Ángel Estrada, José Luis Amadeo, Rómulo Ayerza, Luis Ortiz Basualdo, Ángel Gallardo y Nicanor G. de Nevaes, entre otros– había sido la encargada de llevar adelante las obras de ornato de la catedral en ocasión del Centenario. La Archicofradía solía hacer frecuentes colectas y recurría más que nada al sistema de suscripción para conseguir los recursos. Era ésta una forma tradicional de reunir fondos en el seno de la Iglesia Católica, que ya desde fines del siglo XIX se implementó en la construcción de infinidad de capillas y parroquias de Buenos Aires²¹. Este sistema solía ser bastante eficiente para obras de pequeña envergadura, pero en cuanto se incrementaban las dimensiones del proyecto arquitectónico se volvía cada vez más difícil sostenerlo pura y simplemente con las colectas de los fieles. Así, por ejemplo, la catedral de La Plata se levantó no sólo con este tipo de aportes, sino además con importantes contribuciones del gobierno de la provincia de Buenos Aires, pródigo en subsidios para tal fin. Con el solo aporte de la Archicofradía del Santísimo Sacramento, la obra habría tardado años en ser concluida. La apelación de la *Revista de Arquitectura* tenía pues su razón de ser.

Sin embargo, como bien sabemos, el proyecto de Morra no se hizo

²⁰ “La catedral de Buenos Aires”, *Revista de Arquitectura*, mayo–junio de 1917, p. 18.

²¹ Este tema lo hemos desarrollado en otro lugar: MIRANDA LIDA, “Prensa católica y sociedad en la construcción de la Iglesia argentina en la segunda mitad del siglo XIX”, *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, vol. 63, N.º. 1, 2006, pp. 51–75.

nunca realidad. A pesar de la recuperación económica que trajo consigo el fin de la guerra y la época de bonanza que en líneas generales se vivió en los años veinte, la catedral permaneció sin mayores modificaciones. No porque se hubiera estancado el impulso constructor en la Iglesia de Buenos Aires. La infinidad de parroquias y templos que se proyectaron y construyeron en esos años da cuenta de una intensa iniciativa en los ámbitos católicos por fortalecer las estructuras institucionales y materiales de la Iglesia. La llegada de Santiago Copello a la curia de Buenos Aires, donde ocuparía poco tiempo después el arzobispado, agilizó el ritmo de cada una de estas construcciones. Copello traía consigo una enorme experiencia en gestiones de este tipo, dado que había acompañado al obispo Juan N. Terrero en el vertiginoso proceso de construcción institucional de la diócesis de La Plata en las dos primeras décadas del siglo, desde su formación en 1897. En especial, las nuevas construcciones se levantaron sobre todo en los barrios porteños que, si bien alejados del centro, estaban bien cada vez mejor conectados por las redes de transporte, lo cual hizo posible su crecimiento y expansión en el período de entreguerras²². Allí, la iniciativa de los vecinos, que contaban sobre sus espaldas con una vasta práctica asociativa desarrollada en infinidad de sociedades vecinales de ayuda mutua de diferente índole, supo reactivarse con el propósito de levantar capillas y altares. Más de una vez los miembros de las sociedades pro-templo que se formaron con este objetivo coincidieron con algunos de los miembros de las sociedades de fomento de cada barrio²³. Construir el templo y construir el barrio eran actividades que se solapaban todo el tiempo²⁴.

Así fue como en los años veinte, a medida que los barrios cobraban vida propia, el centro dejó de ser el único lugar de referencia en la ciudad, cita tradicionalmente obligada de cualquier acontecimiento público²⁵. La

²² En este sentido, LUIS ALBERTO ROMERO y LEANDRO GUTIÉRREZ, *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995; también, LUIS ALBERTO ROMERO, “Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935–1946”, *Estudios Sociales*, Santa Fe, 14 (1998).

²³ Un estudio de caso que refleja esto es MARIO GILL, “Un estudio de sociabilidad barrial: la parroquia de San Roque, 1921–1944”, tesis de licenciatura, UCA, 2006.

²⁴ Sobre este tema, intentamos una aproximación en MIRANDA LIDA, “Iglesia y sociedad porteñas. El proceso de parroquialización en la arquidiócesis de Buenos Aires, 1900–1928”, *Entrepasados*, 28 (2005), pp. 125–141.

²⁵ En este sentido ADRIÁN GORELIK se refiere a la “búsqueda del centro” emprendida por los urbanistas hacia la década de 1920 en *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887–1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, p. 317 y ss. Sobre el desarrollo del asociacionismo barrial y el papel central de los barrios, incluso en la política, también véase LUCIANO DE PRIVITELIO, *De vecinos a ciudadanos. Política y sociedad*

coronación de la Virgen de Nuestra Señora del Rosario celebrada en la basílica de Nueva Pompeya en 1922 da cuenta de la nueva gravitación que los barrios estaban adquiriendo en detrimento del centro tradicional. Contó con la prestigiosa presencia de Adelia Harilaos de Olmos, quien donó la corona en cuestión. Al acto asistió una abigarrada multitud que en ese barrio habría resultado impensable tan sólo unos pocos años antes. La notable mejora de la infraestructura correspondiente a los barrios periféricos de la ciudad hizo posible que en los márgenes de Buenos Aires se concentrara una multitud católica que el diario *El Pueblo* reputaría de inédita: “nunca en nuestra capital se habrá visto una apoteosis más grandiosa”²⁶. Más allá de lo exagerado de los dichos de la prensa católica, lo cierto parece ser que la centralidad de la catedral en el mapa católico de los años veinte se estaba en parte desdibujando. Habrá que esperar a la década de 1930 para que se revierta esta tendencia.

PROYECTOS DE UNA NUEVA CATEDRAL PARA LA BUENOS AIRES DE LOS AÑOS TREINTA

Todo empezó en los últimos días del gobierno de Uriburu. Un decreto del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de enero de 1932, pocos días antes de que Agustín P. Justo asumiera la presidencia, dispuso que se destinara el terreno de Obras Sanitarias de la Nación, ubicado entre las avenidas Alvear, Centenario y Leandro Alem, para levantar allí la que sería la nueva catedral de Buenos Aires. La noticia fue explosiva. Salió en la primera plana de las más importantes publicaciones católicas, que no se privaron de expresar su beneplácito ante la buena nueva. *El Pueblo*, con su habitual lenguaje grandilocuente, la publicó bajo un gran titular que anunciaba: “Se construirá una nueva catedral en la Avenida Alvear. La obra será un verdadero monumento arquitectónico”²⁷. El diario católico daba por descontado que el gobierno no tardaría en lograr que el proyecto se hiciera realidad.

Pero las cosas no serían tan fáciles. Si bien la catedral estuvo en la mira de un decreto oficial que se concentraba en estipular en qué condiciones

en la Buenos Aires de entreguerras, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003. El descentramiento de la Plaza de Mayo en los años veinte también puede leerse entre líneas en SILVIA SIGAL, *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

²⁶ “La coronación de Nuestra Señora del Rosario de Nueva Pompeya constituyó un grandioso acto de fe pública”, *EP*, 21 y 22–VIII–1922.

²⁷ Véase en este sentido la sección de “efemérides eclesiásticas” de la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, con fecha del 2–I–1932. La cita de *El Pueblo* corresponde a la edición del 3 de enero de 1932, p. 1.

se llevaría adelante el proyecto, ello no llevó sin embargo a que el Estado se involucrara inmediatamente en esta empresa. Es más, ni siquiera sería correcto decir que la iniciativa del proyecto haya pertenecido pura y exclusivamente a los poderes públicos. En realidad, estuvo lejos de ser concebida como una obra pública más, típica de los años treinta si se quiere, en un momento de gran expansión del gasto público²⁸. Lejos de ser una pura iniciativa estatal, la obra de la catedral involucró también a otros actores. La tradicional participación de la sociedad porteña en la construcción de las iglesias de la ciudad no se borró de un plumazo por obra de aquel decreto.

Ello puede verse en la casi inmediata conformación de la asociación “La Nueva Catedral”, compuesta *ad hoc* por un grupo de laicos que no tardó en obtener el aval del arzobispado de Buenos Aires. ¿Quién dirigía, pues, esa asociación tan diligente? No es insignificante el hecho de que estuviera liderada por Elisa Alvear de Bosch, una de las tantas damas caritativas con las que contaba la Iglesia Católica en el seno de la élite terrateniente argentina. Esta señora solía habitualmente formar parte de varias comisiones destinadas a refaccionar templos y altares en distintos lugares de la ciudad, además de integrar asociaciones piadosas en las que se codeaba con las más encumbradas damas de la sociedad porteña. Más todavía, podemos agregar el dato de que la señora de Alvear estaba casada con Ernesto Bosch, a la sazón, ministro de Relaciones Exteriores y Culto durante el gobierno de José F. Uriburu, desde septiembre de 1930 hasta octubre de 1931. Para comienzos de 1932, Adolfo Bioy ocuparía dicha cartera, quien firmó el decreto en un gesto de generosidad para con su predecesor en el cargo.

Este grupo tomó la iniciativa con respecto al proyecto y se comprometió a encargarse de casi todo; al Estado al fin y al cabo no le quedaría más que la tarea de cederle a la curia el predio que se destinaría a la obra. Pero todo el resto (desde la movilización de recursos hasta la puesta en marcha de las obras) correría por parte de aquella asociación. El Estado no ponía las manos en el fuego por el proyecto en curso. El decreto advertía con claridad que, en caso de que las gestiones emprendidas por los particulares fracasaran, el terreno debía ser devuelto a los poderes públicos, que podrían disponer de él como quisieran, e incluso destinarlo a cualquier otro fin. Dicen los considerandos del decreto:

²⁸ Al respecto, BALLENT y GORELIK, *op. cit.*

Que la asociación iniciadora La Nueva Catedral [...] está dispuesta a levantar la obra por suscripción popular, solicitando tan sólo del gobierno que se destine a tal fin el terreno conveniente.

Que una resolución favorable al pedido no puede traer perjuicio alguno por cuanto en el caso de no poder cumplir la asociación su propósito, la situación permanecería como en la actualidad, ya que tanto el gobierno de la nación como el de la Comuna podrían si la obra no se llevara a cabo destinar esos terrenos a otro objeto²⁹.

Así, pues, lejos de poner en movimiento una maquinaria estatal involucrada en una fastuosa obra pública a la que se le destinarían ingentes recursos fiscales, el proyecto de 1932 reconoció plenamente la legitimidad de la iniciativa de los laicos que se comprometieron a recaudar los fondos mediante suscripción popular. La gestión estatal se acababa aquí; ni siquiera se reservó ninguna función en lo que respecta a la planificación o la ejecución de la obra. Se respetó la tradicional iniciativa de los particulares en torno a la construcción de templos, por lo común, miembros destacados dentro del laicado que tomaban a su cargo, en tanto que mecenas, la protección y fomento del arte y la arquitectura religiosa; el Estado se abstuvo de tomar a su cargo la completa responsabilidad en la gestión y la implementación la obra pública. Brilla por su ausencia cualquier tipo de consideración acerca de las características de la catedral que se anhelaba construir: los poderes públicos no intervinieron en la discusión del estilo arquitectónico, así como tampoco se encargaron de supervisar los posibles bocetos o de barajar los nombres de los arquitectos que la construirían.

Y mucho más importante todavía: no se concibió la reconstrucción de la catedral como parte de un proyecto de renovación arquitectónica o urbanística de más vasta escala. Esto último es importante, puesto que no se parece en nada a lo que habrá de ocurrir en los años de Justo. De hecho, cuando en 1934 el Estado retomó el proyecto de levantar una nueva catedral para la ciudad, lo hizo esta vez de manera decidida y enérgica, con una capacidad de iniciativa sin precedentes. No tardaría en convertirse en una prueba más que contundente de la capacidad de gestión del Estado y de su creciente capacidad financiera para invertir ingentes recursos en una vasta expansión de la obra pública. En este nuevo contexto el proyecto implicaba mucho más que una mera reforma en la arquitectura religiosa de la ciudad: no se trataba sólo de reformar la catedral, sino de dar al centro de la ciudad un aspecto monumental. Era un completo proyecto urbanístico el que estuvo en

²⁹“Considerandos del decreto”, *EP*, 3-I-1932, p. 1.

juego esta vez, en el que se aspiraba a llevar a cabo un rediseño de la Plaza de Mayo y sus alrededores.

Puesto que el proyecto era lo suficientemente ambicioso como para abarcar mucho más que el principal templo católico de la ciudad, la iniciativa del gobierno de Justo no puede ser atribuida a las presiones de la Iglesia por sobre el presidente o a su eventual connivencia con el poder militar. Si bien es cierto que estos lazos existían, como ya demostró Loris Zanatta, en la agenda de prioridades de Copello no parece haber figurado la idea de una nueva catedral para Buenos Aires. Es innegable que el arzobispo sí tuvo en mente, desde muy temprano, un vasto proyecto de consolidación institucional de la Iglesia que incluía la creación de diócesis y de parroquias tanto a nivel nacional como arquidiocesano. La “nación católica” no podía ser sólo una retórica hueca; debía encontrar su reflejo en el mapa institucional de la Iglesia argentina. Pero si bien es innegable que la construcción institucional estuvo en el orden de sus preocupaciones desde un primer momento, no podría decirse lo mismo de la idea de una nueva catedral, un lujo en el que Copello no parecía pensar. En las grandes ocasiones, bastaba con montar una efímera escenografía de masas en algún lugar público, como se hizo en oportunidad del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 en el barrio de Palermo. Para Copello, éste era un modo mucho más sencillo y económico de salvar el inconveniente que representaba el hecho de contar con una catedral tan pequeña para una ciudad tan grande.

Pero el gobierno nacional abordó esta situación con otros ojos. No sólo estaba en juego el problema de la estrechez de la catedral, sino –por extensión– el de la propia Plaza de Mayo, epicentro por excelencia de las movilizaciones de masas en los años treinta. Al igual que en otros países en los que vieron la luz regímenes políticos que tuvieron a la movilización de las masas como su columna vertebral –la Alemania nazi es la que mejor ejemplifica esta tendencia, aunque no fue ni la primera ni la única–, se comenzó a pensar en un vasto esfuerzo arquitectónico en pos de construir espacios públicos monumentales, aptos para la congregación de las multitudes³⁰. En este marco, no fue sólo la catedral la que concitó la atención del gobierno, sino que se empezó a tomar conciencia de que también –y sin duda mucho más importante– la histórica Plaza empezaba a quedar chica. Se hacía sentir el hecho de que no hubiera sufrido ninguna modificación arquitectónica desde las celebradas reformas

³⁰ Al respecto, véase GEORGE MOSSE, *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

emprendidas por el intendente Torcuato de Alvear en la década de 1880³¹.

Pero debió aguardarse a la década del treinta para que se comenzara a sentir una preocupación al respecto. A pesar de que los sucesivos gobiernos de los años treinta estuvieron teñidos de gran ilegitimidad dado que la así llamada “década infame” se caracterizó por la vigencia de un sistema político basado en el fraude, no por ello la movilización social y política se replegó. La ilegitimidad del sistema institucional durante esa década convivió con una muy frecuente práctica de la movilización de masas, que se vio intensificada en el transcurso de la segunda mitad de la década, a la par que se agudizaba la polarización que la Guerra Civil Española, y más tarde, la Segunda Guerra Mundial, traerían consigo en la sociedad argentina. El catolicismo, con su recurrente celebración de congresos eucarísticos en los años treinta (nacionales, diocesanos y arquidiocesanos), fue otro de los factores que promovió la puesta en escena de grandes multitudes en las calles de Buenos Aires. En este contexto, la idea de renovar la Plaza de Mayo no parecía nada descabellada. Y por añadidura, nuevamente volvió a hablarse acerca de la idea de una nueva catedral que debía estar a tono con las reformas monumentales que se preparaban.

El hito decisivo fue, claro está, la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de 1934, la más impresionante movilización de masas que haya visto el catolicismo argentino. Tamañas multitudes, que alcanzaron según se estima las 400 mil personas, no pudieron ser cobijadas por la vieja catedral decimonónica. La elección de Palermo tenía su razón de ser. El antiguo templo era demasiado estrecho para las multitudes católicas que se congregaron ese año en Buenos Aires. Desde el comienzo estuvo claro para los organizadores del Congreso Eucarístico que las dimensiones del principal templo de la ciudad no eran las apropiadas. La elección de Palermo como escenario central para su desarrollo se entiende en este contexto. Casi todas las ceremonias podían desarrollarse sin inconvenientes al aire libre, en la escenografía montada en el Monumento a los Españoles. Todas, a excepción de una que debía transcurrir a puertas cerradas en el viejo templo de la Plaza de Mayo: la bienvenida al cardenal Pacelli. El protocolo obligaba a que el enviado papal se dirigiera a la catedral luego de desembarcar en la ciudad. De antemano podía preverse que esto sería un verdadero problema, puesto que era habitual que se apiñara gran cantidad de gente cada vez que llegaba alguna importante personalidad del exterior³². De hecho, ya en 1933 se había considerado el hecho de que la visita de Pacelli a la catedral atraería un enorme público capaz de desbordar el templo. Se resolvió pues que:

³¹ Sobre la historia de la Plaza de Mayo, véase SIGAL, *op. cit.*

³² FRANCIS KORN, *Buenos Aires: Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, 1974.

Por supuesto que [...] *sólo pueden tener acceso a la catedral personas muy especialmente invitadas*. El pueblo fiel se congrega en los alrededores del templo y asiste en espíritu a las ceremonias, escuchando los discursos y los cánticos por medio de altoparlantes colocados profusamente en lugares convenientes. Es un acto que conmueve contemplar a esa inmensa multitud de fieles que cae de rodillas en plena calle cuando el cardenal Legado oculto a sus ojos eleva por vez primera la custodia santa para bendecir a todos con el Santísimo Sacramento³³.

Esto fue lo que en efecto ocurrió a su llegada, al año siguiente. Una multitud lo aguardó en el puerto y lo acompañó hasta la catedral, a medida que se agitaban banderas y se vivaba el nombre del cardenal Pacelli. Como era de prever, debido a la pequeñez del recinto, la mayor parte de los asistentes debió aguardar fuera del templo. Sólo una vez concluida la ceremonia en su interior, que el común de la gente debió conformarse con seguir a través de los altoparlantes instalados en la calle, la comitiva se terminaría desplazando hacia la Plaza del Congreso, escoltando al legado pontificio en su marcha. Si bien aquí hubo de encontrarse con suficiente espacio como para que se sintiera a sus anchas, fue necesario disponer un cordón de tropas que se alineó con el propósito de mantener a la multitud en ajustado orden. Dice la crónica de la fecha en el diario católico:

La inmensa muchedumbre congregada en el desembarcadero y sus adyacencias al aparecer Su Eminencia con el general Justo, ovacionaba frenéticamente y vitoreaba. [...] La comitiva hizo el recorrido ya anunciado, a saber, San Martín, Florida, Santa Fe, Callao, Avenida de Mayo, hasta la catedral. Todos los edificios por esas amplias arterias ostentaban los escudos del Congreso Eucarístico y numerosos de ellos colocaron la bandera pontificia junto a la nacional. [...] El ejército extendido en un cordón formado por tropas de las divisiones 1 y 2 imponía una nota severa propia de su característica marcialidad. El monumento a los Dos Congresos y los edificios cercanos ostentaban orgullosos su capacidad para [...] permitir que desde sus accesibles lugares pudieran muchas personas presenciar el majestuoso desfile³⁴.

Luego del gran congreso católico de 1934, ningún proyecto de reforma urbanística en torno a la Plaza de Mayo hubiera podido ignorar el problema de la catedral. De hecho, ya a fines de 1934 el ministro de Obras Públicas recibía un proyecto elaborado por la Dirección General de Arquitectura

³³“Apertura del Congreso”, *EP*, 13-XII-1933, p. 6.

³⁴“El cardenal Pacelli fue aclamado a lo largo de cuatro kilómetros”, *EP*, 10-X-1934, p. 3.

de la Nación que contemplaba una completa reconstrucción de la Plaza de Mayo y sus alrededores, con el propósito de darle un aspecto monumental, especialmente apto para el despliegue de cualquier forma de liturgia cívica. Se fijarían grandes escalinatas, se levantarían imponentes columnas para el culto a la bandera y se proyectaba la construcción de un monumental arco de triunfo que ocuparía un puesto central en el ingreso a la Plaza. En el marco de este proyecto, se planteó nuevamente la idea de que era necesaria una nueva catedral para Buenos Aires. Puede verse que era un proyecto ambicioso: no sólo sufriría grandes modificaciones el templo mayor de la ciudad, sino que al mismo tiempo lo haría todo el entorno de la Plaza de Mayo. El peatón debía quedar subyugado ante sus nuevas dimensiones. Decía el anteproyecto que el propósito era:

Hacer que esa Plaza cuya edificación circundante así como sus vías de acceso se resienten de falta de armonía y estilo, dándole ese aspecto de desconcierto arquitectónico [...], sea en cambio una expresión de armonía estética y de belleza urbana; que satisfaga el espíritu.

[Y se propone la] supresión de la actual Casa de Gobierno, adefesio arquitectónico insalubre y caro edificio administrativo; [...] crear elementos decorativos: dos grandes columnas que sirvan de arranque a la monumental escalinata de entrada a la Plaza, símbolos de nuestras dos grandes efemérides históricas: 25 de Mayo y 9 de Julio; [...] Un gran arco de triunfo conmemorativo de nuestras glorias militares colocado en la prolongación de los ejes de las tres grandes avenidas; Diagonal Norte, Sur y Mayo completan el proyecto.

Como variante del estudio y a título de asesoramiento de su gestión se indica la ubicación que a juicio de esta dirección General corresponde a la futura catedral, obra que por muchas y elementales razones será necesario realizar como símbolo de cristiandad.

El aspecto financiero ha sido considerado en las planillas adjuntas que demuestran la posibilidad de realizar la solución propuesta en condiciones económicas satisfactorias desde que frente a una erogación total de 23.000.000\$ m/n se calcula obtener recursos por valor de 50.000.000 \$m/n mediante la enajenación de los terrenos disponibles³⁵.

La monumentalidad, junto con la desmesura en los gastos –las expropiaciones parecen ser una especie de receta mágica con la que se espera salir adelante de manera exitosa³⁶–, conviven sin ningún tipo de inconvenientes

³⁵ *Revista de Arquitectura*, noviembre de 1934, p. 486 y ss.

³⁶ Al menos a primera vista, en la práctica no traerían sino problemas, como puede verse

en un proyecto que tiene por prioridad crear un centro en la vieja plaza central que sirva de referencia para el desarrollo de una nueva liturgia cívica de masas. Tal es así que en ese proyecto no estuvo claramente definido el destino de la catedral. Se postulaban dos emplazamientos alternativos: o bien se proponía ubicarla en el solar del viejo cabildo, sobre cuyo destino nada se dice, o bien en otro terreno a convenir que podría ser el del antiguo templo de San Ignacio, a pocas cuadras de allí. No mucho más se dice al respecto, a excepción de la idea de construir una gran cúpula en altura, de la que carecía el viejo templo porteño. Así, pues, el proyecto se concentraba más en el rediseño de la Plaza de Mayo y sus alrededores que en el edificio religioso propiamente dicho. De lo que se trataba, más bien, era de convertir la Plaza y sus alrededores, incluida la Avenida Leandro Alem, en un espacio con una perspectiva y unas dimensiones monumentales.

A falta de netas precisiones acerca de cuál sería, pues, el destino de la catedral, no tardaron en ver la luz aún nuevos proyectos que, con mayor especificidad, se dedicarían a estudiar este problema. Si bien es cierto que la catedral no estuvo de entrada en el centro de las preocupaciones del gobierno nacional, ella no tardaría en concitar el interés de otros actores, tanto públicos como privados, que procuraron definir su destino con mayor certeza. A diferencia del gobierno nacional, la Municipalidad de Buenos Aires advirtió con claridad que modificar el emplazamiento de la catedral tendría un impacto urbanístico sobre todo el espacio circundante. Las autoridades de la ciudad fueron mucho más conscientes que las nacionales de que era necesario un estudio pormenorizado acerca de las diferentes alternativas que se podían barajar para su futuro emplazamiento. Bajo la batuta enérgica de Mariano de Vedia y Mitre, la Municipalidad se dispuso a tomar una decisión firme y concienzudamente estudiada.

Se pidieron minuciosos informes evaluados por expertos conscientes del impacto que la construcción de una nueva catedral podría llegar a tener en una ciudad de las dimensiones y las características de Buenos Aires. Los estudios estuvieron a cargo de la Dirección del Plan de Urbanización, dirigida por el Ingeniero Carlos M. Della Paolera, quien desde la década de 1920 se había dedicado a reclamar insistentemente la intervención estatal sobre el espacio público. En su informe, evaluó pormenorizadamente los distintos emplazamientos que el templo podría llegar a ocupar en el seno de una

en el caso de la construcción de la Avenida 9 de Julio estudiado por MAGDALENA DELL ORO MAINI, "Avenida 9 de Julio: un itinerario simbólico por la ciudad. Espacio, estado y política en el Buenos Aires de los treinta", mimeo, publicado *online* en www.historiapolitica.com/biblioteca.

ciudad cada día más populosa. Della Paolera consideraba que era necesario descentralizar la catedral en el radio urbano, medida que redundaría en el mejoramiento del barrio periférico que la albergara en su seno. El lugar elegido no fue el producto de ningún capricho, sino del estudio minucioso de todas las posibilidades urbanísticas que ofrecía la ciudad: fue así que se decidió que el mejor lugar sería el predio ocupado por la vieja Penitenciaría Nacional en el barrio de Palermo, entre las calles Las Heras, Salguero, Juncal y Coronel Díaz. Se trataba de una zona de la ciudad que, precisamente por la presencia de la Penitenciaría, se encontraba urbanísticamente bastante rezagada; la construcción allí de una monumental catedral –quizás en estilo neogótico– contribuiría con rapidez a acelerar su desarrollo.

La ubicación propuesta presentaba una serie de ventajas: favorecería la valorización del barrio en el cual se hallaba ubicada hasta la fecha la Penitenciaría Nacional y fomentaría la descentralización de la ciudad. Además, permitiría que se desarrollaran grandes procesiones religiosas sin que encontrarán un freno en la estrechez del templo histórico de la Plaza de Mayo. Según declaraba el informe, “la realización de actos solemnes que no pueden desarrollarse totalmente dentro de su recinto tropieza con las dificultades inherentes al intenso tráfico de las calles de sus alrededores y el acceso de cortejos y procesiones es por la misma razón dificultoso”³⁷.

Palermo tenía además la ventaja adicional de que contaba ya con suficientes espacios verdes, de tal modo que no había ninguna necesidad urbanística de que, una vez demolida la Penitenciaría, el terreno fuera transformado en un nuevo parque. Y una ventaja más que aparecía subrayada con énfasis en el informe de Della Paolera era que:

En los días de fiestas patrias, las autoridades nacionales y de la ciudad que concurren al *Te Deum* en la catedral podrían pasar de inmediato la tradicional revista de tropas que se realiza hoy en las grandes avenidas de Palermo, pues el aumento considerable de la población de Buenos Aires hace imposible llevar a cabo la parada y desfile de antaño a lo largo de la estrecha calle Florida³⁸.

El proyecto tampoco pasaba por alto la buena comunicación que tenía el barrio de Palermo a través de las arterias que rodeaban al terreno de la

³⁷ “Una excelente ubicación es la que se ha escogido para la futura catedral de Buenos Aires”, *EP*, 9–XI–1934, p. 2. Este artículo reproduce una parte del informe del ingeniero Della Paolera.

³⁸ “Se proyecta erigir una nueva catedral”, *EP*, 7–XI–1934, p. 1. Se reproduce el resto de dicho informe.

vieja Penitenciaría, como Las Heras, Coronel Díaz y Salguero. (Se preveía el ensanche de calles circundantes, a fin de facilitar el tránsito hacia la nueva catedral de Buenos Aires.) Y no se cansaba de enfatizar la importancia urbanística que podía llegar a adquirir una catedral monumental en un lugar descentrado de la ciudad, en tanto que contribuiría a relativizar el peso del centro histórico de la ciudad. En este sentido, sostenía:

La Dirección del Plan de Urbanización, consecuente en su campaña de descongestión de la ciudad [...] admite que parte de la extensa superficie del terreno puede destinarse a la construcción de la nueva Catedral, Palacio Arzobispal y sus dependencias, levantadas en medio de un amplio parque del que podrían disfrutar libremente todos los habitantes de la ciudad [...] La amplitud del terreno permitirá que el cuerpo principal de la construcción, constituido por el templo, cuente con un marco propio, y el más adecuado a su carácter, constituido de dos alas laterales de edificación que se destinarán al palacio Arzobispal y sus dependencias, palacio de alojamiento para altos huéspedes dignatarios de la Iglesia y un museo de arte religioso cristiano en América del Sur. Quedaría así formado un verdadero centro cívico de carácter religioso, dentro de un ambiente propio y rodeado de un parque de líneas majestuosas que pondrían en valor la masa y la silueta de los edificios. La composición en alto grado monumental tendría la fuerza decorativa necesaria para embellecer una extensa zona de la Capital. [...] Un acceso de orden monumental en el eje de la nueva catedral se obtendría prolongando y ensanchando la calle Vidt [...] El relieve del terreno es para este caso el más apropiado y favorable para la creación de una perspectiva grandiosa. En efecto el terreno sube naturalmente [...] y se levanta con mayor rapidez hasta alcanzar el nivel de la meseta donde se construirá la catedral y sus dependencias.

La Municipalidad no sólo estudió las características urbanísticas del futuro emplazamiento de la catedral a construirse, sino que además también contempló diferentes alternativas para obtener los recursos para tan monumental proyecto. Los obstáculos eran varios, y no todo era cuestión de dinero. En primer lugar, se hacía necesario desplazar la Penitenciaría de su histórico sitio, para lo cual se requería la autorización del Poder Ejecutivo. En principio esto no parecía difícil: no era la primera vez que se hablaba de trasladar aquella enorme mole de fines del siglo XIX a un sitio más apropiado para la gran ciudad en que se había convertido Buenos Aires hacia 1930. En efecto, la mudanza de la Penitenciaría había estado contemplada en los objetivos de la ley 11.833 de 1933 sobre el régimen penal —en su artículo 19 se preveía que el Poder Ejecutivo estaba facultado para trasladar los

establecimientos penales—.

Pero aún cuando la ley fuera partidaria de la mudanza de la Penitenciaría, era necesario de todas formas convencer al Poder Ejecutivo de que donara aquel terreno para construir la nueva catedral. Lo único que la Municipalidad podía ofrecerle a cambio era la cesión del viejo solar en el que se hallaba emplazada la catedral histórica, frente a la Plaza de Mayo, pero el trueque propuesto no tardaría en despertar recelos. En este sentido se destaca la iniciativa emprendida por una comisión de notables católicos presidida por Enrique Larreta, que se dirigió al presidente Justo en 1934 para solicitarle que el viejo edificio de la catedral —el de Plaza de Mayo— fuera reconvertido sin mayores modificaciones en un panteón, sin alterar los trazos básicos del antiguo templo³⁹. Lo cierto es que para 1936, cuando se presentó al Congreso nacional el proyecto de ley para la construcción de la nueva catedral, parecía ser ya una decisión tomada el hecho de que la Penitenciaría se trasladaría a la provincia de Buenos Aires, pero nada se dijo con respecto al destino del antiguo edificio de la catedral de Buenos Aires⁴⁰.

Pero aún cuando lograra arribarse a un acuerdo en torno al destino de los terrenos en cuestión, todavía quedaría un problema difícilísimo por resolver: ¿dónde y cómo se obtendría el dinero necesario para una empresa tan faraónica como la que se proyectaba? Es cierto que Justo había dado su palabra de que cooperaría desde el Poder Ejecutivo. Pero ello no se tradujo en ningún compromiso formal: no se destinaron fondos públicos para este proyecto ni se habló de financiarlo mediante un empréstito de algún tipo. En realidad no hubo ningún respaldo financiero oficial. Ello dejó el camino abierto para que, mientras tanto, la señora Elisa Alvear de Bosch —a la que ya conocemos— comenzara otra vez a mover sus influencias⁴¹. Y para 1936, cuando finalmente se presentó el respectivo proyecto de ley al Congreso, se aclaró enfáticamente que la nueva catedral no involucraría recursos públicos. Sería costeadada pura y exclusivamente mediante el “óbolo popular”.

No hay dudas, pues, de que los poderes públicos se tomaron el trabajo de elaborar informes que involucraban reformas urbanísticas de diferente calibre desde diversas agencias del gobierno, tanto nacional como municipal. Pero no puede decirse de todas formas que haya habido un compromiso enérgico para ello, así como tampoco hubo iniciativas —a través de expropiaciones, empréstitos u otras alternativas de tipo fiscal— para financiar la cuantiosa

³⁹ “Proyéctase destinar la catedral a Iglesia—panteón”, *EP*, 12 y 13—XI—1934, p. 1.

⁴⁰ “Envióse al Congreso el proyecto de ley para la construcción de la nueva catedral”, *EP*, 1.X.1936, p. 8.

⁴¹ “Se proyecta erigir una nueva catedral”, *EP*, 7—XI—1934, p.1.

suma de dinero que habría sido necesaria para tales obras. Así, finalmente, cuando en 1936 el proyecto fue llevado al Congreso para ser convertido en ley nacional, fue preciso admitir que no quedaría más opción para financiar tamaña obra que el tradicional recurso de las suscripciones populares. Lo único que los poderes públicos estuvieron en condiciones de exigir fue que la nueva catedral debía ser construida con materiales “del país”, de tal modo que redundara en beneficio de la industria nacional y elevara el nivel de empleo⁴². Lo demás correría, una vez más, por cuenta de los laicos y la sociedad en su conjunto. El avance del Estado, que en la década de 1930 se verificó en incontables áreas de la sociedad y la economía argentinas, no fue tan lejos como para involucrarse con una obra así⁴³.

OCASO

¿Por qué? ¿Cómo fue posible que en pleno “renacimiento católico” la tan moderna ciudad de Buenos Aires no haya podido contar con una catedral acorde a su crecimiento urbano y demográfico? ¿Cuáles fueron las causas de que la Iglesia argentina se haya tenido que conformar con prescindir de ella, aún en una época en la que solían organizarse grandes celebraciones católicas de masas que, a falta de una catedral apta para cobijar tamañas multitudes, optaron por desarrollarse al aire libre, cuando no en Luján, La Plata o algún otro sitio? Trataremos de ensayar algunas respuestas.

Para 1936, cuando el proyecto fue finalmente presentado al Congreso, se habían dado algunos cambios en la escena política que tornaban cada vez más difícil su viabilidad. La onda expansiva del Congreso Eucarístico Internacional ya no pesaba tanto como dos años antes. Por otra parte, la movilización católica fuertemente comprometida con la Guerra Civil Española, no pudo permanecer al margen del vendaval producido por la polarización que los eventos de España trajeron a la Argentina. A medida que las polémicas con los republicanos se intensificaban, también se hacían cada vez más evidentes los diferentes matices que existían dentro del propio catolicismo⁴⁴. Así las cosas, se corría el riesgo de que se hiciera cada vez

⁴² Estos datos han sido extraídos de “Envióse al Congreso el proyecto de ley para la construcción de la nueva catedral”, *EP*, 1-X-1936, p. 8.

⁴³ Sobre los cambios en la política económica de los años treinta, véase PABLO GERCHUNOFF y LUCAS LLACH, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 2003 (cap. 3).

⁴⁴ TULLIO HALPERÍN DONGHI, *La Argentina y la tormenta del mundo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003, cap. 3.

más difícil lograr los consensos necesarios para que prosperara un proyecto urbanístico tan monumental como aquel. Luego de la visita de Jacques Maritain, cualquier observador atento se habría dado cuenta de que el catolicismo no podía ofrecer una imagen de homogeneidad tan consistente como la que la sociedad argentina, y su prensa, creyeron ver en 1934. Y más grave todavía: en medio de la polémica por la cuestión de España, la propia construcción de la catedral corría el riesgo de politizarse. No sería pura y simplemente un templo, con sus altares e imágenes religiosas, sino que se convertiría en una obra cargada de un intenso valor simbólico, político e incluso ideológico. No tardaría en quedar expuesta a la creciente polarización en marcha y en ese contexto muchos dardos terminarían apuntando contra ella.

Más todavía. Tampoco puede pasarse por alto el hecho de que, como advirtió Loris Zanatta, a medida que avanzó la presidencia de Justo la relación con la Iglesia Católica comenzó lentamente a resquebrajarse; al menos ya no parecía tener la solidez de los primeros tiempos. Varios factores concurrieron a ello. En 1935, el juego político se complejizó, una vez que la UCR levantó la abstención electoral que desde el gobierno de Uriburu la había mantenido al margen de la escena política. En este contexto, Justo debió tratar de reforzar sus vínculos con las diversas fuerzas políticas, desde el socialismo independiente hasta variadas facciones conservadoras o radicales. No todas ellas fueron vistas con buenos ojos por las filas católicas que consideraban tales búsquedas de consenso y negociación como una vuelta a la “politiquería” contra la cual se habrían levantado vastos sectores de la sociedad en ocasión del movimiento cívico–militar de septiembre de 1930. Era de sospechar que en este contexto Justo no cedería con facilidad un terreno tan valioso como el de la Penitenciaría. Habría sido a todas luces una decisión impolítica para alguien tan hábil como él: corría el riesgo de que se lo acusara, con mucha ligereza, de profascista o clerical. En este contexto, era mucho más atinado que los poderes públicos se abocaran con presteza a levantar el Obelisco de la ciudad y se dedicaran a impulsar la construcción de la Avenida 9 de Julio, obra que no suponía ninguna connotación política indeseada, antes que embarcarse en la construcción de una catedral que, aun cuando estuviera costeadada por una suscripción voluntaria que en el mejor de los casos podía llevar largos años recaudar, si no décadas, no le daría más que dolores de cabeza.

¿Fue un golpe fatal para el “renacimiento católico” de los treinta que jamás se construyera la nueva catedral de Buenos Aires que con tanta alharaca había sido anunciada en los primeros años de la década de 1930? ¿Habría sido diferente el desempeño del movimiento católico en las décadas subsiguientes en caso de que hubiera prosperado aquel proyecto? ¿La Acción Católica habría podido florecer sin tener que atravesar las recurrentes crisis

que le tocó vivir? No es nuestra intención ingresar en el resbaloso terreno de las conjeturas contrafactuales. No obstante, hay algo que sí puede decirse con certeza: el “renacimiento católico” argentino de los años treinta no pudo darse el lujo de contar entre sus manifestaciones más visibles con la construcción de un templo de dimensiones acordes para el vasto movimiento de masas católicas que alcanzó su cenit en 1934. Debió conformarse con proyectos que se disolverían como pompas de jabón. La prensa católica de Buenos Aires se esforzó por presentar cada uno de ellos con grandes titulares y los celebró a más no poder, sin preocuparse por evaluar más concienzudamente su viabilidad a largo plazo. De hecho, a los fines de lograr el impacto en el lector, valía más un titular que dijera que se construiría “una nueva catedral en la avenida Alvear”⁴⁵, que un estudio pormenorizado de su factibilidad.

Y quizás esto mismo fue lo que ocurrió con todo el “renacimiento católico” en su conjunto. El mito de la “nación católica” parecía de una fuerza casi sobrehumana, aunque sólo fuera por el hecho de que era repetido hasta el hartazgo en todas partes, pero quién sabe si detrás de él existía un movimiento católico tan compacto y poderoso como parece a primera vista. Al fin y al cabo, tuvo que conformarse con pasar sus mejores años sin lo que pudo haber sido la catedral de sus sueños.

Ni siquiera en los años sesenta, cuando finalmente la vieja Penitenciaría Nacional fue desmantelada, se procuró sacar otra vez a flote el viejo proyecto de los años treinta. Los tiempos ya no estaban para obras faraónicas. Los anhelos reformistas que terminarían por converger en la celebración del Concilio Vaticano II se hacían ya sentir. Se reclamaba una creciente sencillez y modestia en el culto; cualquier proyecto monumental habría desentonado en este contexto. Además, el catolicismo había perdido desde los años treinta el carácter masivo que había sabido cosechar en aquel momento. Sólo en 1955, en ocasión de Corpus Christi, logró reunir una multitud significativa, pero lo que la congregó fue el rechazo a Perón más que una sincera devoción católica. Por otra parte, si mal que mal el catolicismo había podido mostrar una imagen más o menos compacta en los años treinta, más allá de algunas cuantas disidencias que no pasaban de casos individuales la más de las veces, desde fines de los años cincuenta el universo católico comenzará a mostrarse más complejo, así como también la propia institución eclesíastica⁴⁶. Por último, no se puede pasar por alto que en los años del desarrollismo la prioridad no estuvo depositada en la promoción de las obras públicas impulsoras de

⁴⁵ EP, 3-I-1931, p. 1.

⁴⁶ JOSÉ ZANCA, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

la urbanización de las grandes ciudades, sino más bien en la promoción de fuentes de energía y de una infraestructura apta para acompañar el proceso de industrialización⁴⁷. En la afiebrada modernización de los años sesenta, estaba claro que la idea de una catedral monumental no podía ser más que una cosa de otros tiempos.

⁴⁷ MARK HEALEY, “El Interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en regiones extrapampeanas”, *Nueva Historia Argentina*, vol. IX, Buenos Aires, 2007, pp. 169–211.